

vo, campo de trigo y viñas; con razón es Ella la Patrona del Campo Andaluz, que parece alinearse diminuto, a sus pies. Pues bien, Nuestra Señora fué traída de Roma, en 1526, por don Luis Fernández de Córdoba y Pacheco, marqués de Comares, duque de Segorbe y de Cardona, alcaide de los Donceles y Señor de Lucena. Desde Alicante viene en procesión —Elche, Orihuela, Murcia, Totana, Vélez Rubio, Baza, Guadix, Loja y Rute. La caravana debió parecer un cuadro de Benozzo Gozzoli. Cuando llega al monte de Aras lo cuenta como nadie la novena de Ramirez de Luque (1776)—, una tormenta milagrosa no la deja que siga más allá.

Distingamos también, como síntoma del señorío y del equilibrio de Lucena, su espíritu. Lucena tiene hasta una hemeroteca. Hace unos días se publicaba el facsimil de las revistas editadas en Lucena, durante un siglo: «El Lucentino», «El Progreso de Lucena», «El Cronista Lucentino», «Heraldo Mercantil», «Júpiter», «El Adalid Lucentino», «El Defensor de Lucena», «El Eco de Lucena», «La Alianza», «El Obrero», «La Voz», «Lucena»...

La revista actual hace honor a las doce, y es un modelo de revista local, ágil, ponderada y con estilo. «El territorio de Lucena es más apto y proporcionado para producir hombres grandes que otros hombres de España», decía Fernando José López Cárdenas, en sus «Memorias de la ciudad de Lucena».

Queda, por último, el vino, que también implica señorío y dignidad. Parece como si las ciudades que paren vino tuvieran ya, por ello, baronía y linaje ganado. ¿Acaso el vino no es el jugo de la uva sobre el que ha pasado la historia? Por otra parte, el vino de Lucena es uno de los vinos andaluces con más citas literarias e históricas en su haber. Pero el tema bien merece algo más que un artículo. Baste por hoy insinuar la intervención del oro del vino en la armonía y en el árbol genealógico de Lucena.

Apodos de los naturales del Valle de los Pedroches

Por JUAN OCAÑA TORREJON

Es cierto que no se encuentra todo el testimonio del pasado en las ruinas, inscripciones, en los monumentos o en los empolvados pergaminos. El hombre guarda en él, y expone a los demás, vestigios de la vida individual o de relación de sus antepasados. Cada individuo es en este aspecto como una piedra que se muestra para ser descifrada a los ojos ávidos del investigador. Por ello, de las maneras de manifestarse, de obrar y decir, brotan también las flores de la Historia.

En nuestro país es más frecuente que a los vecinos de cada pueblo o región se les conozcan por otros nombres distintos de aquellos que puedan derivarse del de sus villas.

De ahí que todos, o casi todos, tienen un mote, cuyo origen suele desconocerse y al que los afectados suelen considerar como baidón o ignominia. El que se atreve a emplearlo entre ellos lo hace casi siempre con toda clase de reservas y con el natural pudor del que a sabiendas y descaradamente injuria o comete ofensa. Pero existe, por paradoja, y con mucha frecuencia, el caso de que no solo personas, sino familias, han perdido la idea de sus apellidos a favor del mote, ignorando sus propios patronímicos, juzgando como tal el apodo.

El concepto que se les dá de burla o pregón de sus defectos como infamante apodo, es motivo de que poco a poco vayan olvidándose y desapareciendo, sufriendo con ello los pueblos, en sentido histórico, una pérdida estimable para reconstruir con estos girones sus pasados días, pues solo deben considerarse como una breve y elocuente recopilación de lo que se considera principal o característica faceta de sus vidas, o de lo que logra señalar la actividad que los distingue a quienes se refiere, y solo puede avergonzar o sonrojar a los que estando influenciados por conceptos modernos o porque la palabra en el transcurso de los tiempos tomó nuevo significado, miran con desprecio o como deshonra el modo de obrar de sus antepasados.

Sean individuales o colectivos, los motes para el historiador son palabras mágicas que encierran en sí un delicado misterio, un secreto íntimo, al que la Historia presta sus más delicados perfumes.

Nosotros hemos recogido los que dan a los vecinos del Valle de los Pedroches sin abrigar la pretensión de llegar a un estudio concienzudo de sus orígenes, aunque sí pudieran señalar el camino a la investigación. Solo hemos intentado modestamente el hacer con simplicidad un pasatiempo, quizá agradable para

aquellos que gustan de esta clase de trabajos, que a no dudar, constituyen en todo momento un interrogante histórico.

Expuesto el concepto que ellos nos merecen y el fin que perseguimos, nos consideramos a salvo de la maledicencia de los necios e ignorantes, y empezamos nuestra relación por Pedroche, a cuyos naturales se les llama entre los vecinos de los pueblos del Valle: GACHEROS.

El vocablo «gacha», del céltico «ach», tiene la acepción de vasija o recipiente de barro sin vidriar, y es también sinónimo de puches o pucheros. Luego «gacheros» son los fabricantes de estos vasos o los que trafican con ellos. De manera circunstancial algunos cronistas de la región convienen en que desde tiempos muy antiguos los moradores de Los Pedroches se dedicaban, entre otras ocupaciones, a la fabricación de vasijas de barro que llevaban a su limítrofe pueblo de Almadén, en donde se adquirían para depositar o transportar el mercurio de sus minas. Fagnan, en su trabajo titulado «EXTRAITS INEDITS RELATIF AU MOGREB», al hablar sobre el número y distribución de los obreros que se ocupaban en estas minas, hace constar: «... y otros en la fabricación de los vasos, en que se funde y sublima el mercurio».

Tal ocupación debió de practicarse en esta zona desde tiempos más lejanos, ya que muchas de las vasijas que hoy se fabrican para usos domésticos son igual en tamaño y forma a las halladas por los señores Aulló y Riesgo en sepulturas exploradas en los años 1923-24 en esta región, las que al decir de Obermaier pudieran pertenecer a una época post-romana, tal vez visigótica o protomedieval.

Abundando en estos sutiles engarces vale recordar la cita que figura en el «Calendario religioso-astronómico» de Recemundo; aquel oficial de la Secretaría de Abderramán, docto en las lenguas latina y arábiga, que se ofreció para servir de amigable compondor en la corte del rey Otón, buscando solución satisfactoria al estado delicadísimo de la embajada que presidía Juan de Gorgia en Córdoba, a cambio de ser nombrado obispo de Iliberis (Granada), cosas ambas que consiguió.

En referido Calendario, que corresponde al año 961, figura entre los monasterios existentes en la sierra cordobesa, y que aún no ha sido localizado, el llamado Catinas, nombre que si lo derivamos del latín: catinus, significa ladrillo o escudilla, lo que permite pensar que también tuviera alguna relación con el arte alfarero que aquí queremos destacar y que acaso estuviese enclavado en el actual Pedroche.

Como hasta el final del siglo XIII no se delimitaron los pueblos que se conocen hoy día por Las siete Villas de los Pedroches, cabe suponer que esta industria alfarera en la antigüedad se extendía por los lugares que actualmente pertenecen a todas ellas; es decir, que este nombre de «gacheros» debió de ser el apodo con el que conocieron los de Almadén y otros pueblos donde eran llevadas estas mercancías, a los moradores de gran parte del Valle, especialmente a los de los poblados de estas siete villas, y a medida que las aldeas se emancipaban, la nueva actividad que tomaban u otras circunstancias les hacía dasechar

el mote que, en último término quedó sólo para los del primitivo Pedroche, creador y rector de esta industria.

También es bueno consignar, aunque no constituya dato de mayor importancia, que son numerosos los lugares de estos campos que se les conoce en nuestros días con los nombres de «barrereros», sin que en muchos de los casos sean pequeñas elevaciones a las que pudiera aplicárseles igual nombre por esta circunstancia. Existen además calles en sus pueblos con los nombres de «Alfareros, Tejares», etc., así como en el mismo Pedroche hay un predio inmediato al poblado conocido por «La Tejera».

Este es el origen que suponemos a este mote, que hoy apenas si se les dá a aquellos vecinos, pero que su recuerdo nos queda en algunos decires y cantares populares, que al propio tiempo señalan un adecuado uso de sus tierras, como, por ejemplo, ésta:

En Pedroche venden gachas,
en Torremilano, coles;
en Añora, calabazas,
y en Pozoblanco, melones.

Corroborando nuestro aserto tenemos el mote de los naturales de Hinojosa del Duque: LOS COLODROS, que puede considerarse como una variante del de Pedroche, pues, como es sabido, colodro es un recipiente de barro o cuerno.

Consideramos prudente el señalar que en la reconquista de Córdoba por Fernando III el Santo, aparece entre los actores preeminentes Alvaro Colodro, estando todos los escritores conformes en ser éste un mote y no apellido y en ser desconocido su pueblo natal, pudiendo conjeturarse por tales motivos que el tal personaje fuese natural de esta parte de Valle.

Es Torrecampo el pueblo que más crudamente ha sido calificado por sus hermanos, si bien el origen lo consideramos ajeno a estos y si procedente de aquellos viajeros que discurrían por las vías de comunicación que en todo tiempo han pasado por sus cercanías. La proximidad al célebre castillo de Gafic, Mogavar o Almogavar y otros, de cuyas características para el saqueo nos hablan escritores antiguos, lo comprueba; entre ellos el Edrisi, en cuya obra, traducida por A. Blázquez (pág. 264) nos dice al referirse al castillo que hoy llamamos de Almogavar: «Es lugar de refugio; sus habitantes son bravos, atrevidos, emprendedores. A menudo, cuando los cristianos han hecho una excursión al país de los musulmanes, estos encomiendan a los habitantes de este fuerte el cuidado de alejarlos del país quitándoles el botín, del cual se han apoderado también los cristianos, que conociendo el valor y bravura de los habitantes de Gafic se mantienen cuanto pueden a distancia de este fuerte y evitan aproximarse a él.»

Cualquiera que conozca el terreno notará que éste es apropiado para sorpresas desagradables para los viajeros, sobre todo en tiempos de revueltas, a las que tan propensa fué la Edad Media.

Los hechos delictivos que se cometieran en la región de Puerto Mochuelos y demás lugares de esta comarca tuvieron seguramente como autores principales

los moradores de Almagar, si bien al despoblarse y venir sus habitantes a vivir a Torrecampo siguieran usando el atuendo clásico de ellos, lo que indudablemente dió lugar al dicho injurioso, pero equívocado, para aquellos: «De Torrecampo y con el zurrón, l...» que es una manifiesta injusticia a los pacíficos moradores de este pueblo, que siempre estuvieron afanados en el cultivo de sus tierras. De ello vino el desacertado mote de «TIZNADOS», que como se sabe, tiene significación de haber perdido u oscurecido la fama o estimación. Tal mote, ni dicho, no va bien con la manera de ser y obrar de estos vecinos. El pueblo del Valle que más culto rinde a la hospitalidad es, sin género de dudas, Torrecampo. Cualquiera que lo haya visitado ha podido fácilmente comprobar esta cualidad, que resulta un mentis rotundo al mote.

A los vecinos de Conquista no se les conoce mote alguno, y a los de Cardena, Azuel y Venta del Charco se les llama, por la parte oriental de Los Pedroches los «VENTEROS», nombre que según se ve lo tiene por la industria que justificó su existencia.

El que Villanueva de Córdoba siempre llevara sus mayores afanes a la explotación directa de la famosa dehesa comunal de las siete villas, llamada La Jara, fué la causa de que sus naturales desde muy antiguo se les designaran con el apodo de «JAROTES», tanto por lo dicho y por hallarse enclavado este pueblo en dicha dehesa, como por la resistencia de sus moradores en perderla o traspasar sus límites, y también porque desde muy antiguo se la conocía con el nombre de Villanueva de la Jara, aunque no tuvo nunca oficialmente este nombre y si el de Encina Enana, hasta que el cabildo cordobés en 6 de mayo de 1499 le autorizó a cambiarlo por el que hoy tiene.

Es interesante ocuparse del que llevan los vecinos de Pozoblanco y aclararlo, porque dando al vocablo el significado que hoy le suelen atribuir, pudiera resultar ofensivo, cuando, a nuestro parecer, y según intentamos demostrar es solo la expresión de una actividad que caracterizó a sus habitantes en otros tiempos.

Se les llama «TARUCOS». La palabra proviene de la raíz latina: tale a, talare, con significación de «propio o perteneciente a la rama cortada», lo cual nos lleva a la deducción que, solo alude a la riqueza de la madera de encina, sino que por ampliación del significado de la palabra puede admitirse que en ella queden comprendidas las personas que cortan leña (taladores) o aquellas otras que dedican sus actividades a la transformación de la madera en enseres usuales e industriales.

Insistimos en la cita anterior de Fagnan acerca de las minas de Almadén en la que agregan «... otros (los obreros) transportando maderas con las cuales se calcina el mineral», lo que bien claramente expone que el combustible para la fusión del cinabrio era llevado de fuera, y bien pudiera ser de los encinares del Valle, con especialidad de la parte de Pozoblanco, por pasar por sus cercanías la vía que iba a dichas minas desde Córdoba y el ser indudablemente uno de los lugares que entonces estuvieron menos explotados en el sentido de descaje. La proximidad a la vía o camino que mencionamos, hace también pensar

en que pudiera existir en el poblado excelentes talleres para la construcción de sólidos carros de transporte.

No constituye una prueba concluyente de cuanto decimos, pero en la declaración de pureza de sangre que fué exigida a Juan Ginés de Sepúlveda, natural de esta villa, para su ingreso en la Universidad de Bolonia, hecha en los años 1511 y 1515, firmaron como testigos los vecinos de Córdoba, Benito Sánchez, Alfonso Hernández, Antón Ruiz, Pedro Ruiz, todos de oficio carroceros y Antón Ruiz Carrasquilla, sillero. Parece delatar una relación de profesión o comercio entre estas familias, en parte naturales de Pozoblanco y el gremio de carpinteros cordobeses.

En el escudo de Pozoblanco cobijando el pozo y el gallo, a quienes lo tradición dá el origen del nombre del poblado, figura la secuiar encina, ya talada en su rama izquierda, señalando así la verdadera economía de la ciudad y a la que fácilmente pudiera esta deber su existencia.

Este es el origen que atribuimos a su mote, derivado de su riqueza y el cual es pregón de sus aptitudes, y que ahora, al andar del tiempo y por las variaciones en el significado popular que ha sufrido la palabra pudiera confundirse con ironía de mal gusto, a la que no son dados los moradores de por acá.

A los de Añora, palabra derivada de la vieja «Nora o Ñora» (noria), se le aplica el diminutivo de la primitiva, siendo pues, NORITOS o ÑORITOS; en lo que solo puede verse una cariñosa insinuación a su reducido vecindario en aquellos días.

Los naturales de Dos-Torres son llamados «USIAS». Sin que sepamos las causas, como, ni cuando, las autoridades civiles de las villas de Los Pedroches que radicaban en el pueblo matriz, fueron trasladadas a Torremilano, uno de los poblados del actual Dos-Torres. Sospechamos que el motivo de este traslado sería la conveniencia de que estas autoridades se hallasen cerca de los límites del condado de Santa Eufemia, al objeto de vigilar y poder actuar con mayor rapidez y mejor conocimiento en los hechos que atentaran a los intereses de las villas y que procedieran de los señores de Santa Eufemia, cosa que ya en el reinado de los Reyes Católicos había dado lugar a grandes escándalos por las usurpaciones que este señor se permitió hacer.

Por otra parte, en Torrefranca, el pueblo que también integra el actual Dos-Torres, existió el palacio de los señores de Mexias, condes de Santa Eufemia, a cuyo estado perteneció este pueblo, de modo que eran las autoridades de ambas zonas las que entonces residían allí.

Estas autoridades o corregidores llevarían tras sí un cortejo más o menos numeroso que seguramente en su suntuosidad y trato sería extraño al Valle; porque hay que suponer por la categoría de sus cargos y ambiente, cierta superioridad cultural y cierto refinamiento de modales sobre los corrientes en esta región.

Mediatizados los vecinos por esta superioridad y con el temor a la curia, tan generalizado en aquellos tiempos por lo que podía dañar a sus bolsas, humorísticamente y en tono algo zumbón se empezaría con el tratamiento oficial

a los jefes, generalizándose después a todo el vecindario, ya que este, influenciado por el medio, parecería ante los demás como una comunidad de individuos que por sus buenos servicios se habían hecho acreedores al buen trato de sus superiores y a su confianza, y aún asomarían pretensiones de compartir la autoridad, ofreciéndose al resto de los pedrocheños como excelentes padrinos o ayudantes eficaces en el feliz logro de sus querellas.

A los pueblos de El Guijo y Villaralto no se les conoce mote alguno. Simplemente se les da el derivado del nombre de sus respectivas villas.

Para poder formar hipótesis los de Alcaracejos y Villanueva del Duque se hace necesario admitir ciertas aclaraciones.

Llaman a los de Alcaracejos «MOJINOS», palabra que significa cierto mestizaje y que puede admitirse aquí si consideramos que se encuentra situado en el vértice o confluencia del condado de Belalcázar con los términos del de Santa Eufemia y las villas de Los Pedroches, a lo que pudiera aludir el mote.

Hasta no hace mucho tiempo han existido y han llegado a ser proverbiales las «pedreas» o luchas entre los pueblos limítrofes o barrios de una misma población, como este las tuvo con los de Villanueva del Duque. En nuestra infancia hemos presenciado estas enconadas «batallas campales» en las que, al lanzar iracundos las piedras se apostrofaban los chicos a gritos con los respectivos apodos: ¡MOJINOS!, ¡CUERVOS!, que este último es el de los de Villanueva del Duque.

La ornitología del Valle nos dice que en sus campos existe un ave llamada mojino, la cual acude con decisión y en bandadas cuando uno de los suyos se encuentra en peligro y acaso tuvieran esta condición los muchachos en estas luchas, cuya solidaridad perduraría en las edades maduras, lo que hizo, tal vez, que les fuese aplicado dicho mote.

El de CUERVOS pudiera atribuirse a una semejanza en el color con aquellas aves, en el aspecto descuidado que comúnmente presentarían los pequeños después de ayudar a los suyos en el reclutamiento de cenizas, que después sus padres llevaban a las almonas de Córdoba. (Ramírez de las Casas-Deza. Corografía de la provincia de Córdoba).

Los de Fuente La Lancha no tienen apodo alguno, o al menos nosotros lo ignoramos.

Entre los vecinos de Hinojosa del Duque y Belalcázar existió cierto resentimiento por el trato de favor que estos recibían de sus condes. Así lo alegan los testigos que comparecen en la tramitación de numerosos litigios que hubo entre ambas villas en el siglo XVI. (Véase la obra del P. Ruiz. LA ILUSTRE Y NOBLE VILLA DE HINOJOSA DEL DUQUE, página 145).

Esta parcialidad de los condes debió tener una justa correspondencia de solicitud y amabilidad por parte de los vecinos de Belalcázar, que los de Hinojosa tradujeron como zalamería picaresca o astuta, y acaso de ahí pudo venir el que empezaran a llamarles «ZORRUNOS», como censura a los procedimientos que, para mantener aquel favor del conde, utilizaran los de Belalcázar, ironía que después se propagó y cundió por los demás de la comarca.

Al escudo de Belalcázar lo corona un mote que dice: «Audaces fortuna juvat»; lo que hace admitir que en tiempos lejanos los moradores de su castillo debieron ejecutar con felicidad algún hecho heroico o decisivo en momentos difíciles, y en el que debieron usar más de las astucias o atrevimiento. ¿Fue acaso en el asalto a Córdoba? ¿Fue en la batalla de Olmedo? Desde luego hay que admitir que constituyó un hecho temerario, pues de lo contrario no tiene razón tal mote en el escudo.

Por aquella novedad en su blasón, los vecinos limítrofes con mezcla de sana envidia y burla, empezarian a llamar a los de Gahete «los audaces», pero el hecho debió tener más sagacidad o engaño que verdadera audacia en el parecer de los demás, y sus comarcanos lo degeneraron, entre irónicos y despectivos por el de zorrunos, recordando las mañas de ese animal. Este es el nombre que se les aplicó, pero como los de la mayoría de los pueblos va quedando olvidado.

Tales son los orígenes que suponemos a este mote, inclinándonos por la primera versión que expusimos.

«RABONES» llaman a los del Viso, cuya razón parece sencilla y fácil de precisar, si damos crédito a los que nos cuentan el motivo de la prosperidad en los primeros años de su existencia.

Dice la tradición (Véase Ramírez de las Casas Deza.—Obra citada) que estos hombres se dedicaron en la guerra de la Independencia y otras anteriores a marchar en gran número tras los ejércitos españoles, ejerciendo el menester de cantineros, regresando a sus lares, una vez que aquellas acababan, con bastantes ahorros, procedentes de esta industria, que como hemos indicado la practicaban unidos y en gran número. Un cantar lo explica:

Los rabones del Viso
nunca van solos,
porque van en pandilla
como los lobos.

El mote es el masculino de un vocablo del antiguo castellano y leonés, rabona, con el que se designaba a la mujer que suele acompañar a los soldados en sus marchas o campañas, y aunque la palabra no sea de un origen claro castellano, bien puede suponerse que fuera empleada por nuestros soldados, influenciados por los que en ultramar cumplieron sus deberes para con la patria.

No falta quien lo atribuye, y quizá con posible fundamento a una crecida población judía (rabinos).

Réstanos, por fin, hablar de los de Santa Eufemia. Sabido es que el vocablo árabe «cala» equivale a los castellanos de castillo o puerto. Es probable que en los primeros años de la reconquista del Valle se conocieran entre los vecinos de esta comarca a los naturales de Santa Eufemia con el nombre de «los de los castillos», utilizando la palabra árabe, ya que la castellana tardaría en ser usada sin mezcla por estos contornos.

Queremos decir que el mote de «CALABRES» que le dan los pueblos hermanos no debe proceder, como tradicionalmente se dice de guerreros oriundos

de la Calabria italiana, especie que consideramos como un parecer hecho a la ligera por algún cronista y que logró fortuna; sinó que, por el contrario, tiene su origen en aquel vocablo de castillo o puerto, o lo que es lo mismo de «cala» y que de él se hizo derivar.

Ampliándose el mote se llamó a todos aquellos campos La Calabria, o sea, zona o lugar de castillos o puertos, y la tradición buscó motivo para esta denominación en las tropas que conquistaron el terreno, uniéndolas a la aparición de su Virgen para alejar de este modo todas las reminiscencias de los moros; pero bien claro se advierte que todo ello es una fábula, como la no menos peregrina de los caballeros de Milán en Torremilano o la de Gabeta en Belalcázar.

Ignoramos si el acierto ha presidido nuestras interpretaciones. Lo que si podemos asegurar es que el pedrocheño no ha usado nunca el humorismo con el propósito de zaherir ni molestar; antes al contrario, profesa un respeto, que a veces se confunde con cobardía o demasiada sagacidad, ante la personalidad extraña. De ahí que también opinemos que fuera incapaz de dar y sostener un sambenito en el que se advirtiera el deseo de empequeñecer o ridiculizar a sus vecinos.

En su mayoría estos motes son expresiones simples, generalizaciones de las ocupaciones que le eran usuales, y en aquellos en que asoma el humorismo, éste resulta de una picaresca completamente infantil, que bien puede decirse que no traspasa el umbral de la prudencia.

De ahí que nos veamos obligados a limitar y reducir todo posible lirismo sobre ellos, retorciendo nuestro numen para venir a dar, como influenciados por Unamuno, en la entraña de la palabra.

Con toda lealtad juzgamos que no tienen, ni pudieron tener otro alcance; y que en todo caso son una verdadera expresión en síntesis de la vida de los hombres de estos diferentes poblados.

J. O.

Córdoba, ahora y siempre

Por RODOLFO GIL BENUMEYA

Entre todas las ciudades andaluzas, Córdoba es, sin duda, aquella en la cual la llegada produce con frecuencia impresiones de nuevo descubrimiento. Aunque Córdoba tiene acumulados muchos siglos de serenidad y sabiduría, allí su enorme historia se está constantemente renovando por la persistencia del ambiente y los caracteres que el mismo ambiente origina. Lo filosófico y lo taurino; lo imperial, lo rural y lo artístico; Séneca, Lagartijo, el Gran Capitán, Romero de Torres y los «cantaosres jondos» se suceden y confunden por la persistencia de los localismos paisajísticos y humanos. Pero este año se nota más en Córdoba la capacidad de fundir y equilibrar los contrastes. El impulso de unos planes excepcionales de reformas municipales se junta con la renovación y modernización de varias tradiciones culturales que proceden del Jalifato. Ahora, como siempre, lo cordobés continúa siendo un empeño de equilibrio entre la tradición y la renovación.

Lo antiguo y lo actual se unen en la Córdoba de 1959 como un anverso y un reverso igualmente indispensables. En la que fué segunda Roma y segunda Damasco siguen triunfando aquellos excelsos muros y torres coronadas de que hablaba Góngora cuando elogiaba a su «patria chica». Pero se trata de que las piedras majestuosas sean el estimulante y el contraluz de una vida moderna y cómoda. Así siguen maravillando la Mezquita-Aljama, Medina Azzhara y las callejas de la judería o la plaza del Potro. Pero también destacan los nuevos barrios de productores en el campo de la Verdad, la Universidad Laboral, la residencia del Instituto Nacional Agronómico, los nuevos hoteles de Turismo, el aeropuerto municipal, una de las mejores traídas de aguas y nuevos accesos bordeados de jardines. En la capital del alto Guadalquivir la existencia activa de todos los días y todos los momentos subraya, por el contraste, el valor de los recuerdos del pasado.

Es muy posible que uno de los factores esenciales para explicar la tendencia a la supervivencia dentro de los cambios sea el de la